

«tencia y el feliz regreso á su reino, si solamente hubiera consentido en dejar la Alemania en paz.»

Este sentimiento equívoco de humanidad que exigía el bien parecer, que el amor propio arranca á los corazones mas insensibles, y que la misma ferocidad apénas se atreveria á rehusar á la memoria de un enemigo que ha muerto gloriosamente sobre un campo de batalla, ha sido elogiado con énfasis por un autor católico cuyo mérito está generalmente reconocido. En su exageracion, este escritor llega hasta comparar la conducta del emperador, en esta circunstancia, con la de Alejandro cuando le avisaron la muerte de Darío. Convertir de este modo en rasgo heróico una demostracion sencilla y natural, es probar que esta demostracion es el mas alto grado de generosidad á que puede llegar el hombre de que hablamos, ó dar una triste opinion de sus propias ideas respecto de la grandeza y la elevacion del alma humana.

Pero las alabanzas aun tan dudosas como esta, son siempre de una gran importancia cuando se dirigen á un monarca á quien es preciso justificar de un regicidio.

Los hombres tienen una inclinacion tan grande á lo extraordinario, que no se podia esperar que atribuyesen á la marcha natural de los acontecimientos la catástrofe que tan bruscamente habia terminado la gloriosa carrera de Gustavo-Adolfo. Su muerte era para Fernando una felicidad inmensa que ningun monarca podia esperar, y la idea de que él mismo la habia preparado debia presentarse necesariamente á la imaginacion de sus enemigos. Para realizar este crimen, necesitaba un cómplice, y muy pronto la opinion pública designó como tal al duque Francisco Alberto de Lauenburgo. Su rango, que debia ponerlo á cubierto de semejante sospe-

cha, la hizo mas verosímil, porque le daba un libre acceso al lado del rey.

Examinemos ahora si el carácter de Francisco Alberto era bastante vil para hacerlo capaz de un crimen de esta especie, y si tenia motivos bastante poderosos para cometerlo.

Ya hemos dicho que este príncipe era el mas jóven de los cuatro hijos de Francisco II, duque de Lauenburgo. Emparentado por la madre con la casa de Wasa, habia sido acogido con distincion en su juventud en la corte de Suecia. Un dia que se encontraba con Gustavo-Adolfo en la habitacion de la reina madre, se permitió una inconveniencia que el príncipe, demasiado jóven para dominar su cólera, castigó en el acto con un bofetón. Pero en el mismo instante se arrepintió de su arrebato y ofreció dar á Francisco Alberto todas las satisfacciones que quisiese exigir. Se ha pretendido que el corazon vengativo del duque no olvidó nunca esta afrenta, y que juró vengarla tarde ó temprano.

Desde aquel acontecimiento se le pierde de vista, hasta el instante en que entró al servicio del Austria y se ligó íntimamente con el duque de Friedland, para quien desempeñó en la corte de Sajonia una comisión secreta indigna no solamente de una persona de su rango sino de todo hombre de honor. De repente, y sin motivos conocidos, dejó la bandera del emperador y se presentó en el campo de Nuremberg, donde ofreció sus servicios á Gustavo-Adolfo en clase de voluntario. Su adhesion verdadera ó fingida por la causa protestante, sus maneras amables é insinuantes, sus hábiles lisonjas que se ocultaban bajo la máscara de un afecto respetuoso, le valieron el aprecio del rey.

En vano le suplicó el canciller Oxenstiern que no entrega-

se su amistad y su confianza á un hombre á quien sus antecedentes hacian sospechoso. En la batalla de Lützen no se separó de Gustavo-Adolfo, y semejante á su mal genio no lo abandonó sino en el momento en que lo vió herido de muerte por las balas enemigas, de las que ni una sola lo habia herido á él; inaudita felicidad, cuya causa se buscó en el cinturón verde (color imperial) que llevaba ese día para distinguirse de los otros oficiales al servicio de la Suecia. El fué tambien, quien en medio del combate, instruyó á su amigo el duque de Friedland de la muerte de Gustavo-Adolfo: é inmediatamente despues de la batalla de Lützen dejó el servicio de la Suecia para entrar al de la Sajonia. Despues de la caída de Wallestein, se le acusó de complicidad con este general, y no escapó á la hacha del verdugo sino abjurando el protestantismo para abrazar la religion católica.

Algunos años despues fué nombrado comandante en jefe de un ejército imperial en Silesia, y murió en el sitio de Schwenidnitz á consecuencia de una herida. Para defender la inocencia de un hombre semejante, es necesario estar acostumbrado á vencer las impresiones que las probabilidades pueden hacer en nuestro ánimo; pero si todas las presunciones morales y físicas nos prueban que Francisco Alberto era capaz de un cobarde asesinato, seria injusto inferir de esto que lo haya cometido en efecto. Todo el mundo sabe que Gustavo-Adolfo se exponia á los mismos peligros que el último de sus soldados; y allí donde sucumbian millares de víctimas, pudo muy bien sucumbir él tambien á su vez. ¿Como y por quién fué herido? La respuesta á esta pregunta es dudosa, y nosotros sentimos mas que nunca la necesidad de recordar el axioma de moral universal que prohíbe deshonrar la dignidad humana suponiendo la intervencion de un

crimen en una catástrofe que se puede explicar por el curso ordinario de los acontecimientos.

Cualquiera que sea, por otra parte, la mano pérfida que haya herido á Gustavo-Adolfo, su muerte debe ser considerada como una sentencia admirable de la justicia divina.

El historiador se encuentra muy frecuentemente reducido á describir las luchas mezquinas y monótonas de los intereses humanos, y por lo mismo encuentra una dulce compensacion cuando su pensamiento puede detenerse en un hecho inesperado, que semejante á una mano invisible que sale de repente de las nubes para trastornar las combinaciones humanas, nos recuerda que hay un poder superior al de todos los de la tierra.

La muerte de Gustavo-Adolfo es uno de estos hechos, por que trastornó el movimiento de todos los resortes políticos y sobrepujó á todos los temores y á todas las esperanzas. Ayer todavia su génio daba vida y accion al vasto círculo de actividad del que era el centro. Apenas ha trascurrido un día y un poder irresistible detiene su vuelo de águila al traves de lo infinito de sus audaces proyectos. Caen en medio de la rica cosecha que la esperanza habia sembrado para él, que el tiempo ha madurado, pero que no debe recoger. Ha desahogado el tiempo, pero que no es ya mas que un huérfano abandonado, y con su último suspiro se ha desvanecido el orgulloso edificio de su grandeza!

La pérdida de su invencible jefe fué para el mundo protestante una desgracia tanto mas grande cuanto que la consideraba irreparable, y sin embargo, no fué el benefactor de la Alemania el que sucumbió en las llanuras de Lützen: Gustavo-Adolfo habia terminado la mas hermosa mitad de su vida, y el mas grande, el último servicio que podia hacer

todavía á la libertad civil y religiosa del imperio germánico era el morir!

La propiedad del poder ilimitado de uno solo, es la de absorber todos los otros poderes; para que todos puedan ensayar sus fuerzas, es preciso que el principio de absorcion desaparezca. Bajo la proteccion equívoca de un gefe absoluto, los representantes de los pueblos no son mas que los instrumentos pasivos de sus proyectos de elevacion; abandonados á sus propios recursos, se ven obligados á encontrar en sí mismos los auxilios que siempre es peligroso recibir de una mano extranjera para el país cuyos intereses están encargados de defender.

Por lo mismo la muerte de Gustavo-Adolfo no tardó en volver á los soberanos de Alemania la energía que conviene á los Estados independientes, y reducir á la Suecia á representar el modesto papel de un simple aliado, papel que su rey habia estado próximo á cambiar abiertamente por el de opresor. El mismo no procuraba ocultar ya que ambicionaba una autoridad poco compatible con los privilegios de los miembros de la Dieta; los ménos perspicaces comprendian que queria subir al trono imperial. Revestido con esa dignidad necesariamente se hubiera permitido mas abusos que todos los que habian cometido los príncipes de la casa de Austria. Dotado de un génio superior y de un valor heróico, acostumbrado á las formas de un gobierno absoluto, protestante exaltado y por consiguiente enemigo ciego de los católicos; extranjero á la Alemania por su nacimiento, era ménos propio que otro cualquiera para conservar intacto el depósito sagrado de las constituciones del imperio. Los homenajes mas que sospechosos que muchas ciudades imperiales se vieron obligadas á tributarle, no permitian dudar que procuraba estable-

cerse en Alemania, no como protector, sino como conquistador. La ciudad de Augsburgo se vanagloriaba ya descaradamente de haber sido escogida por capital de una nueva monarquía, y se mostraba mas orgullosa con el título de residencia real que esperaba obtener, que afligida por la pérdida de los privilegios de que habia gozado por tanto tiempo. Los proyectos que Gustavo-Adolfo tenia sobre el arzobispado de Maguncia, con el cual queria formar un dote para su hija y que destinó mas tarde para su amigo el canciller Oxenstiern, eran un mal agüero de las violaciones que era capaz de permitirse contra las leyes fundamentales del imperio. Por otra parte, los príncipes protestantes sus aliados tenian pretensiones que no hubiera podido satisfacer sino á espensas de los soberanos eclesiásticos y de todo el partido católico en general. Es por lo mismo permitido suponer que siguiendo el ejemplo de las hordas bárbaras que en otro tiempo inundaron el imperio romano, se proponia dividir entre los gefes de su ejército las provincias conquistadas de la Alemania. Su conducta para con el desgraciado palatino Federico V es indigna de un héroe y de un protector: el Palatinado estaba en su poder, la justicia y el honor le prescribían el deber de entregarlo á su legítimo soberano: para eximirse recurrió á sutilezas que nos hacen avergonzarnos por él. Porque arrancado este electorado á los enemigos que habian despojado de él á Federico, fingió considerarlo como una conquista de la que podia disponer á su voluntad. Si por último se lo entregó, no fué como una restitution, sino como una gracia especial y á título de feudo de la corona sueca, lo que convertia á un miembro independiente de la Dieta germánica en vasallo del rey de Suecia. El palatino y todos los príncipes alemanes sus aliados se habian visto

obligados á ofrecer que contribuirían al mantenimiento del ejército sueco, aun despues que se firmase la paz general. Solo esta condicion nos hace adivinar cuál hubiera sido la suerte de la Alemania si la fortuna hubiera continuado favoreciendo á Gustavo-Adolfo. Su muerte prematura salvó, por lo mismo, las libertades germánicas y la memoria de este héroe tal vez le evitó el dolor de ver á sus aliados armarse contra él para forzarlo á renunciar por una paz vergonzosa á todas las brillantes esperanzas que sus victorias le habian hecho concebir. Antes de su muerte, la Sajonia pensaba ya en abandonarlo; la Dinamarca veia sus conquistas con inquietud y envidia, y la Francia, espantada del continuo engrandecimiento de su poder en Alemania y ofendida del tono altanero que empleaba con ella, buscaba aliados que la ayudasen á poner un término á los triunfos del «Godo» y restablecer el equilibrio de las potencias europeas.

LIBRO CUARTO.

Gustavo-Adolfo habia logrado establecer un lazo de union entre los soberanos protestantes de la Alemania; su muerte rompió este lazo, y los puso en la necesidad ó de volver otra vez á sus posiciones respectivas y aisladas, ó de formar una alianza. El primer partido debia indispensablemente hacerles perder las ventajas compradas con tantos sacrificios, porque estando solos, ni la Suecia ni ningun príncipe del imperio podia resistir á las fuerzas reunidas de la Liga y del emperador. Pedir la paz en semejante situacion hubiera sido someterse á las condiciones mas humillantes. Una nueva alianza era por lo mismo tan necesaria para obtener la paz como para continuar la guerra. El instante, por otra parte, era poco propicio para las negociaciones pacíficas: la muerte del rey de Suecia habia reanimado las esperanzas del partido imperial, á pesar de la derrota de Lützen, de la que se proponia conseguir una venganza solemne, puesto que el héroe